

neutralidad, por más que se les hiciesen seductoras ofertas. Cuando Carafa salió de la ciudad de las lagunas el 12 de enero de 1557, hubo de decir para sus adentros, que allí a la verdad había sido honrado como una testa coronada, pero no había conseguido el fin de su misión (1).

Julio Orsini, que llegó a la corte francesa el 2 de enero de 1557, trabajó allí grandemente por desvanecer la desconfianza de Enrique II. A pesar de todos sus esfuerzos no lo consiguió enteramente; en cambio logró mover al rey todavía moroso a obrar con decisión. A fines de enero rompió Enrique las relaciones diplomáticas con Felipe II, y se aprestó a hacer la guerra a los españoles, así en Italia como en Flandes. Felipe quedó totalmente sorprendido de esta súbita mudanza (2).

También en el teatro italiano de la guerra tomó Alba tan pocas prevenciones para el término del armisticio, que Pedro Strozzi, jefe ahora de las tropas pontificias, logró con facilidad reconquistar a Ostia, y pronto también a Tívoli, Vicovaro y la región marítima (3).

Con la impresión de estos sorprendentes triunfos fueron tanto más rechazadas las proposiciones de paz de Alba, cuanto Paulo IV no se fiaba en manera alguna de los españoles (4). Con la ayuda de Francia esperaba el Papa alcanzar entera victoria de ellos, y arrojar de Nápoles y de toda Italia esta mezcla de judíos, marranos y luteranos, como él decía. El 12 de febrero de 1557 instituyó una congregación especial, para instruir un proceso contra Carlos V y Felipe II por felonía y rebelión (5).

(1) Cf. Corresp. polit. de Dominique du Gabre, éd. A. Vitalis, Paris, 1903, 204; Nores, 156, nota 1; Duruy, 208 ss., 382 s.; Comunicaciones del Instituto Austriaco, XXV, 482; Ancel, Sienne, 51 s.; Riess, 184 s., 189 ss.; Nonciat., I, xcix; II, 539 s., 544 s.

(2) V. Ancel, Sienne, 55; Riess, 207 ss.; Nonciat., I, c s.

(3) Cf. Massarelli, 302; Turnbull, n. 572, 573; Róseo, 535 s.; los *Avvisi di Roma del 9, 16, 23 y 30 de enero y del 6, 13, 20 de febrero de 1557 (Cod. Urb. 1038. *Biblioteca Vaticana*) y las *relaciones de Alf. Fantuzzi, fechadas en Roma el 27 de enero y 12 de febrero de 1557 (*Archivo público de Bolonia*). Sobre el sitio de la guerra junto a Ostia cf. el raro grabado *Il vero disegno del sito di Hostia e di Porto con li forti fatti dal campo di S. St^a et delli Imperiali, quali si resero a dì 24 Gennaio; v. Nordenskiöld, Faksimile-Atlas (1889), pág. 21, n. 114.*

(4) Cf. Soranzo en Albèri, Ser. 1, II, 449.

(5) V. Navagero en Brown, VI, 2, n. 798, 812; Navagero-Albèri, 397; Massarelli, 303; Ancel, Sienne, 57 s.

Entre tanto el ejército auxiliar francés al mando del duque de Guisa había avanzado por el Piamonte, y mientras los Farneses observaron una neutralidad dudosa, también por el ducado de Parma-Plasencia hasta Reggio. Aquí el duque de Ferrara recibió de Guisa el 16 de febrero el bastón de mando, como generalísimo de las tropas aliadas. A este acto asistió también el cardenal Carafa, quien se vió ahora obligado a renunciar a su ambigüedad diplomática, y abrazar resueltamente el partido de los franceses, aunque en modo alguno se fiaba de ellos (1). En Reggio se celebró consejo de guerra sobre hacia dónde había de dirigir el ejército su primer ataque. Las opiniones estuvieron muy divididas; resolvióse al fin, con grave disgusto del duque de Ferrara, que era dejado indefenso, que el ejército francés entrase inmediatamente en la Romaña; si desde aquí se había de volver contra Toscana, como Carafa instantemente deseaba, o por las Marcas había de avanzar contra el reino de Nápoles, esto lo tenía que decidir el Papa (2).

Mientras las tropas se pusieron en movimiento hacia la Romaña, Guisa y Carafa se encaminaron aceleradamente hacia Roma, adonde llegaron el 2 de marzo, martes de carnestolendas. El más brillante recibimiento aguardaba al agasajado huésped, que se alojó en el Vaticano en las habitaciones de Carafa. Por más violentamente que se expresase ahora éste contra España, y por más resuelto que se mostrase el Papa a ir con Francia, halló con todo Guisa los preparativos bélicos muy inferiores a lo que esperaba; y advirtiéronse también al punto numerosas diversidades de opinión y contiendas personales (3).

Un desengaño de otra suerte sufrió aún Carlos Carafa. El nepote había vuelto a Roma con la opinión, de que no se había alterado el poderosísimo influjo que había ejercido antes sobre el Papa. Pronto con todo hubo de experimentar, que ya no poseía en modo alguno el poder de antes sobre su tío, tan sensible a

(1) Cf. Ancel, Sienne, 56, 58 y Nonciat., I, cii.

(2) V. Corresp. de D. du Gabre, éd. Vitalis, 155; Nores, 162 s. y las excelentes explicaciones de Ancel, Sienne, 61 s., 64 s.; cf. también los breves a Hércules en Raynald, 1557, n. 6 (de nuevo en Fontana, Renata, I, 554 s.) y Duruy, 356 s.

(3) V. Massarelli, 303 s.; Ribier, II, 678 s.; Brown, VI, 2, n. 825; Turnbull, n. 580; las *relaciones del vescovo di Anglona, fechadas en Roma el 3, 6 y 7 de marzo de 1557 (*Archivo público de Módena*), y Cola Coleine, *Diario (*Bibl. Chigi*). Sobre las fortificaciones para la defensa de las puertas de Roma, ordenadas el 6 de marzo de 1557, v. Lanciani, III, 153 s.

nuevas impresiones. El cardenal, como juzgaron sus mejores amigos, nunca hubiera debido alejarse del Papa (1).

La primera sorpresa que recibió Carafa en Roma, fué que Silvestre Aldobrandini, desde la muerte de Casa, primer secretario privado y confidente de todos los planes del cardenal nepote, había caído en la total desgracia del Papa. Carafa tentó todos los medios para salvar a su fiel ayudante. Pero el Papa permaneció inexorable. «Cuando doy una orden, gritó al nepote, hay que atenerse a ella. Usted, señor cardenal, ha de ejecutar mi voluntad.» El día siguiente hubo una conferencia con el Papa, a la cual, además de Carafa, asistieron Guisa, Strozzi y el embajador francés. Con esta ocasión volvió a hablar Paulo IV sobre Aldobrandini, a quien tachó de haber sembrado el descontento entre Juan y Carlos Carafa, y de no haberle dicho ni una palabra sobre un proceso contra algunos, que habían cometido faltas graves de inmoralidad. «Sí, dijo, ciertos hombres se toman demasiada libertad y olvidan, que los he levantado y los puedo también volver a abatir.» Expresándose aún con más claridad, gritó excitado a Carafa: «Tú quizá serás uno de éstos». Aunque el Papa y su sobrino aquella misma tarde se reconciliaron, lo cierto fué que Aldobrandini perdió su cargo (2).

Igualmente firme halló al Papa Carafa en la cuestión sobre dónde había de comenzar la guerra. Sin cuidarse de que el nepote deseaba una expedición contra Toscana por causa de Sena, Paulo IV persistió muy decididamente en que se había de acometer al reino de Nápoles.

No menos acerbo fué para Carafa el haberse alzado ahora también su hermano, el duque de Paliano, y los demás miembros de su familia contra sus inmoderadas ansias de dominar (3). Entre los hermanos nunca habían reinado buenas relaciones. Tanto Juan como Antonio Carafa no podían conformarse con que su hermano menor, cuyo talento mayor habían de confesar, se les antepusiese en gran manera en autoridad e influjo. El cardenal Carafa había

(1) *Carta del obispo de Anglona, de 7 de marzo de 1557 (*Archivo público de Módena*); v. Ancel, Sienna, 72.

(2) Cf. la relación cifrada de Navagero, de 12 de marzo de 1557, en Brown, VI, 2, n. 831, y Ancel, Secrét., 22 s., donde se refiere muy circunstanciadamente la caída de Aldobrandini.

(3) Ancel, Sienna, 72, 78. La opinión de Brosch (I, 213), de que Carafa había hecho instancias para que se emprendiese la guerra contra Nápoles, es enteramente errónea.

esperado apaciguarlos y tenerlos ligados a sí, determinando a su tío a elevar al uno al ducado de Paliano, y al otro al marquesado de Montebello. Ahora se mostró que esta cuenta había salido falsa; después como antes envidiaban al hermano menor su grande influencia, y pronto volvió también a despertarse su antigua predilección por España. Como ya en septiembre de 1555, así también en febrero de 1556 había recomendado sin rodeos el duque de Paliano un ajustamiento con Felipe II; y había tenido parte esencial en la caída del belicoso Aldobrandini (1).

Hasta en el tiempo en que Carafa gozaba aún de todo el favor de Paulo IV, había éste reservado siempre para sí los asuntos puramente eclesiásticos. A pesar de eso, esperaba Carafa, que en atención a los auxilios tan necesarios de Francia se decidiría su tío a cumplir los vastos deseos de Enrique II en el próximo nombramiento de cardenales. Pero también en esto se vió el nepote engañado, cuando se efectuó dicho nombramiento en 15 de marzo de 1557. Carafa sintió este golpe con tanto mayor dolor, cuanto precisamente respecto a esto había hecho por cuenta propia al rey francés muy amplias promesas (2).

El descontento de Enrique II por no ver cumplidos sus deseos en el nombramiento de cardenales de 15 de marzo, acrecentóse con las relaciones que Guisa enviaba desde Roma. Allí todo faltaba, y muy especialmente dinero para las tropas; el avituallamiento estaba también mal ordenado. Añadíanse a eso diversidades de opinión sobre el plan de guerra, que dividieron pronto enteramente a los aliados. Mientras el duque de Ferrara deseaba avanzar contra Milán, y Guisa quería mandar que su ejército atacase a Toscana, Paulo IV, atento sobre todo a la seguridad de Roma, insistía más que nunca en que primero se había de acometer al reino de Nápoles (3). Con estas diversidades de opinión y recíprocas reconvenções perdióse un tiempo precioso, que

(1) Cf. Navagero-Albèri, 386 s. y las importantes relaciones de embajada, que se hallan en Ancel, *Disgrâce*, 20. Duruy (pág. 46) atenúa mucho estas diferencias, y hasta habla de un *triumvirat fraternel*, pero que sólo existe en la fantasía de este escritor.

(2) Ancel, *L'activité réformatrice*, 22 s.

(3) Ancel, Sienna, 65 s., 71 s. y *L'activité réformatrice*, 27 s.; cf. también Riess, 236 s. Una larga relación enviada desde Roma el 31 de marzo de 1557, sobre la manera como se hacía la guerra en la Italia superior, está en Fillon, *Invent. d' autographes*, París, 1877 s., n. 2658.

Felipe II y Alba aprovecharon muy bien para tomar decididas disposiciones para su defensa (1).

A fines de marzo habían llegado finalmente a avenirse en Roma; la opinión del Papa había vencido. Quiso la fortuna del rey de España, dice Navagero, que se eligiese precisamente aquel plan de guerra, que para él era el menos peligroso.

El 5 de abril partióse para el ejército Guisa, descontento y sin confianza en el buen éxito; y el 9 le siguió el marqués de Montebello, Antonio Carafa (2). En el mismo día 9 de abril publicó Paulo IV en un consistorio la orden de hacer volver a todos sus agentes, nuncios y legados, y también al cardenal Pole, de los países de Carlos V y Felipe II (3). Esta disposición profundamente radical, así como la introducción del proceso para la deposición del rey de España, que causa grandísimo asombro, fueron la respuesta al mandato de Felipe II, por el que se hacía volver de Roma a todos los españoles, los cuales, según una ordenación del consejo de Estado, en vez de recurrir a la Rota pontificia, en adelante habían de acudir a un tribunal supremo eclesiástico, que se había de erigir nuevamente en España, mientras que al mismo tiempo se sustraía a la Santa Sede la disposición sobre todos los derechos, anatas y espolios, que fluían a la curia. Paulo IV no se dejó amedrentar por semejantes prevenciones. La bula de jueves santo *In cena Domini* presentó algunas adiciones contra los invasores de los Estados de la Iglesia; y el viernes santo se omitió en la liturgia la acostumbrada oración por el emperador (4). El

(1) V. Duruy, 223 s. y Riess, 227 s., 251, quien encarece con razón la importancia de lograr la ayuda de Inglaterra.

(2) V. Navagero-Albèri, 396 y Massarelli, 306. El *Avviso di Roma de 10 de abril de 1557 notifica, que el Papa el domingo por la tarde dijo al duque de Guisa, que comía con él: *Va figliuolo mio, che tu sia benedetto, va pur, che altro cavallier mai non tentò la più santa ne la più honorata impresa et dopo molte invective contra heretici gli donò un diamante di 3000 scudi. Loc. cit., pág. 213. *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Pieper, 102; Biaudet, 24.

(4) Cf. Brown, VI, 2, n. 855, 856, 859, 865; la relación portuguesa publicada por Santarem, XII, 451; *Avvisi di Roma de 17 y 24 de abril de 1557 (*Biblioteca Vaticana*); Massarelli, 306-307; Riess, 218 s. Sobre el proceso contra Felipe II v. Gori, *Archivio*, I, 209. El decreto consistorial, por el que se mandaba volver a Roma a todos los agentes y representantes del Papa, es trasladado por Gulik-Eubel (III, 37) equivocadamente al 30 de marzo. Señalan el 9 de abril, no solamente todas las demás fuentes, sino también las *Acta consist. cancell., VII, que se hallan en el *Archivio consistorial*.

27 de abril dió Paulo IV un terrible ejemplo de su severidad, mandando destruir a Montefortino, lugar situado en las cercanías de Veletri, cuyos habitantes tenían fama desde hacía mucho tiempo, de rebeldes y bandidos (1). Poco antes habían llegado a Civitavecchia 1500 franceses, como primer refuerzo de tropas; habían de servir para la defensa de Roma (2), pero pronto tuvieron que ir a engrosar el ejército de Guisa.

Durante la larga dilación de los enemigos, Alba había terminado sus preparativos contra el inminente ataque (3). Cuando éste finalmente se efectuó, mostróse que el ejército franco-pontificio no podía hacer frente a los españoles. Desde el 24 de abril concentróse la lucha en el asedio de la ciudad de Civitella, que Alba había armado excelentemente, y ahora el conde de Santa Flora defendió con valentía. Había infundido alientos a los habitantes, hasta a las mujeres, para resistir, y logró rechazar repetidos asaltos (4).

Como sucede comúnmente en las desgraciadas operaciones de guerra, no faltaron recíprocas inculpaciones (5). El 1.º de mayo Guisa y Antonio Carafa trabáronse de palabras tan duramente, que éste todavía aquella misma tarde se fué del campamento.

Por el mismo tiempo celebráronse en Roma varias sesiones de la Inquisición, en las cuales el Papa quería proceder inmediatamente contra Felipe II con excomunión y deposición; pero se hizo valer en contra de ello, el no poder imponerse semejantes penas sin precedente citación (6). Para obtener claridad sobre el

(1) R. de la Blanchère en la *Rev. hist.*, XXII, 364. Más tarde, edificado de nuevo, recibió Montefortino en 1873 el nombre de Artena. El cambio de nombre no aprovechó mucho, pues quedó siendo este lugar un nido de malhechores (v. Sighele en el *Mondo Criminale*, 1897, de Ferrero). La conquista de Montefortino, según el *Diario (*Bibl. Chigi*) de Cola Coleine, se efectuó el 22 de abril de 1557; v. también sobre eso a Róseo, 539 s.

(2) Cf. la *relación de Delfino, de 17 de abril de 1557. *Archivo secreto de Estado de Viena*.

(3) *Discorso sopra la guerra di p. Paolo IV con M. A. Colonna. Cod. D. 21 del *Archivo Santacroce de Roma*.

(4) V. Andrea, 222 s.; Róseo, 541 s.; Cabrera, Felipe II, I, 3, c. 9; cf. Pittaluga en la *Riv. milit. ital.*, XLI (1896) y Fedele en la *Riv. Abruzzese*, XI (1896); v. también las relaciones citadas en las *Nonciat.*, II, 569, nota 3.

(5) V. Navagero en Brown, VI, 2, n. 878 y el *Avviso de 8 de mayo de 1557. *Biblioteca Vaticana*.

(6) V. Navagero en Brown, VI, 2, n. 879, 888; VI, 3, n. 167; cf. las Comunicaciones del Instituto Austriaco, XXV, 485, nota 1. La *minuta* de la bula de

estado de las cosas en el teatro de la guerra, fueron enviados allá el 12 de mayo el duque de Paliano y el mariscal Strozzi. Guisa fué pronto perdiendo las esperanzas hasta tal punto, que el 15 de mayo abandonó el sitio de Civitella; retiróse a los dominios pontificios y renunció por tanto a la empresa contra Nápoles. A fines de mayo supo el Papa, que el general francés había estado a punto de irse a Ferrara. El embajador romano de Fernando I era de opinión, que ahora el Papa había de concertar la paz, puesto que no era dudosa la superioridad militar de Alba (1).

Paulo IV no podía aún comprender, que su noble fin de la liberación de la Santa Sede y de Italia del dominio de los extranjeros, de los «bárbaros», había de fracasar. Las representaciones de los dos nepotes seculares, singularmente del marqués de Montebello, que se expresaba muy duramente sobre los franceses, y con mucha vehemencia contra la política guerrera, se perdían en el aire sin ningún efecto. Paulo IV creía aún en el buen éxito de su política, con tal que la poderosa Venecia se pusiese de su parte. Precisamente entonces empleó toda su elocuencia para ganar al representante de la república de S. Marcos. Conforme a su costumbre, tomó la cosa muy de atrás, y se remontó hasta los tiempos de Carlos VIII, en que, según decía, se había abierto a los bárbaros aquella puerta infausta, que él ahora deseaba cerrar. «No nos arrepentiremos, clamó excitado, de haber hecho lo que podíamos, y más quizá de lo que podíamos.» Añadió que a los que no le habían auxiliado, les dejaba para todo el tiempo futuro la vergüenza de que se contase más tarde alguna vez, cómo hubo en otro tiempo un débil anciano de ochenta años, que, cuando se creía que se retiraría a un rincón para lamentar sus achaques, se presentó valerosamente como campeón de la libertad de Italia. «El pesar se apoderará de vosotros, señores venecianos, y de todos los demás que no queréis reconocer la ocasión de libraros de esta peste. Comenzó ella en tiempo de un rey, que por sus buenas cualidades era todavía tolerable; pero después vino este linaje, mez-

deposición *entonces* preparada se halla en Döllinger, *Materiales*, I, 218 s. Felipe II tomaba ya disposiciones preventivas para impedir la difusión de esta bula por sus dominios; v. *ibid.*, 217 y la carta de 10 de julio de 1557 en Cabrera, I, 79.

(1) Cf. Navagero en Brown, VI, 2, n. 889; Massarelli, 309; la carta del embajador de Este en Ancel, *Secrét.*, 52, nota 3 y la *relación de Delfino, de 29 de mayo de 1557. *Archivo secreto de Estado de Viena*.

cla de flamencos y españoles, en el que no hay rastro alguno de dignidad real ni cristiandad, el cual se adhiere tenazmente como el lampazo, donde una vez se ha fijado. Los franceses son de otra suerte; en medio de la obra, la dejan y no permanecen, aunque se les obligue. Los hemos visto señores de Nápoles y de Milán: y se fueron. Son inconstantes. Ilustrísimo embajador, os hablamos en confianza, como hablaríamos a la magnificencia del dux y a los consejeros y cabezas de la cristiandad; porque sabemos que durante el corto resto de nuestra vida nos hemos fatigado por la gloria de Dios y la salvación de esta pobre Italia, llevando una vida arrastrada sin quietud ni descanso.» También más tarde declaró el Papa a Navagero: «Advertid lo que os decimos. Nosotros somos viejos y partiremos de esta vida uno de estos días, si a Dios le place. Pero tiempo vendrá en que reconoceréis, ojalá no sea con vuestro daño, que os hemos dicho la verdad. Entramos a dos son bárbaros (así los franceses como los españoles), y bueno sería que se quedasen en su casa, y no se hablase en Italia otra lengua que la nuestra» (1). A principios de junio corrió el rumor, de que Guisa había recibido ya de su rey la orden de volverse a Francia; en vista de lo cual Strozzi fué de nuevo enviado al campamento francés. El resultado fué el envío de Strozzi a Enrique II. El 15 de junio salió de Roma el mariscal, llevando consigo al hijo único del duque de Paliano; pues los franceses habían pedido a este niño en rehenes, porque a consecuencia de las intrigas de Carafa para la adquisición de Sena, ya no se fiaban del aliado (2).

La opresión de ánimo de la Ciudad Eterna desapareció de algún modo, cuando se anunció el 12 de junio que iban a llegar varios millares de suizos. Al cardenal Carpi, que abogaba animosamente por la paz, declaró Paulo IV que sin su aliado, el rey de Francia, no podía mezclarse en nada (3).

Entre tanto el peso de la guerra se hacía cada vez más abrumador. En 18 de mayo el Papa, a pesar de la contradicción de algunos cardenales, como Carpi, había mandado que

(1) V. las cartas de Navagero, de 21 de mayo y 28 de junio de 1557 en el apéndice de Nores, 307-308.

(2) V. Duruy, 229; Ancel, *Sienne*, 82 s.; *Nonciat.*, I, xxxix; II, 573, nota.

(3) Cf. la *relación de Delfino, de 12 de junio de 1557. *Archivo secreto de Estado de Viena*.

de todas las propiedades del Estado de la Iglesia se pagase un impuesto del uno y medio por ciento. Había elegido este tributo para no gravar a los menos acomodados. Aunque estaba éste ya introducido hacía mucho tiempo en otras partes, pareció a los súbditos de la Santa Sede cosa inaudita, y en su ejecución tropezó con grandísimas dificultades, y acá y acullá hasta con violenta resistencia. Los romanos procuraron mirar por sí, proponiendo en vez de ese tributo un impuesto de carne que rindiese 100000 escudos. Pareció al Papa esta suma demasiado exigua. Por fin se llegó a una avenencia, fijándose en 130000 el número de escudos; los eclesiásticos tenían que pagar todavía de por sí 50000 escudos (1).

Mientras la situación en el teatro de la guerra se presentaba cada vez más desesperada para la Santa Sede, Carafa había continuado su antiguo juego de intrigas para la adquisición de Sena. Con todo eso puso fin a todos sus astutos manejos la política de Cosme I, el cual, ciertamente no sin sensible sacrificio, logró a principios de julio obtener a Sena de los españoles. La primera noticia de este cambio, que hirió gravísimamente a Carafa, llegó a Roma el 25 de junio; el 3 de julio efectuóse la firma del contrato, a consecuencia del cual el duque de Florencia recibió el territorio de Sena como feudo de España (2).

Un enemigo sumamente peligroso se había levantado para los romanos en Marco Antonio Colonna. Este conquistó en 29 de junio a Valmontone y tomó a Palestrina; y en los primeros días de julio se aproximaron sus jinetes hasta a cinco millas de la Ciudad Eterna (3). «Roma está en peligro, escribía el embajador de

(1) Cf. Navagero en Brown, VI, 2, n. 893, 907, 932, 941; Raynald, 1557, n. 8; Massarelli, 309, 311; las *cartas de Tomás Cospio a Bolonia, fechadas en Roma el 9 y 12 de junio de 1557 (*Archivo público de Bolonia*); *Avvisi de 29 de mayo, 5, 12 y 18 de junio de 1557 (Cod. Urb. 1038. *Biblioteca Vaticana*); Cola Coleine, *Diario (*Bibl. Chigi*). Un ejemplar del impreso ya raro de la Bulla Pauli IV subsidii dimidii et unius scuti respectivo pro centenario, fechada Romae, 1557, XV Cal. Jun., A.º 2.º, se halla en el *Archivo Colonna de Roma*. Comienza con estas palabras: Ubique terrarum... notissimum credimus quam impie et violenter superiori anno hostes Romanae ecclesiae, qui se christianos profitentur, re vero Turcis immaniores et efferatioris existunt, statum ipsius ecclesiae invaserint, etc.

(2) Cf. Reumont, Toscana, I, 222 s.; Ancel, Sienne, 85; Nonciat., I, cvi.

(3) V. Massarelli, 312 y *Avviso di Roma de 3 de julio de 1557. *Biblioteca Vaticana*.

Fernando I el 3 de julio; a pesar de eso nada teme el Papa, y espera la respuesta, que trae Strozzi de Francia.» Después se dijo que Alba había ofrecido la paz sobre la base de las condiciones ajustadas por noviembre, pero que Paulo IV había declarado, que sin Enrique II nada podía concertar (1). Con vivas ansias se esperaba en Roma la pronta vuelta de Strozzi. El 19 de julio llegaron los 2000 suizos, anunciados hacía tiempo por el nuncio Raverta, gallardos hombres, pero mal armados. El Papa los saludó como a ángeles enviados por Dios para su liberación, y a los capitanes les dió cadenas de oro (2) y les concedió la dignidad de caballeros. Enviólos, reforzados por tropas italianas, para descercar a Paliano, duramente estrechado. Terminóse la expedición el 27 de julio con una total derrota de los pontificios (3).

Casi al mismo tiempo que esta terrible nueva, llegó a Roma Strozzi al anochecer del 30 de julio; traía noticias más favorables que las que nadie en la curia se había atrevido a esperar. Enrique II estaba dispuesto a perseverar al lado del Papa; éste debía determinar cuánto tiempo había de permanecer Guisa en Italia (4).

Paulo IV como Carafa lo esperaban de nuevo ahora todo de

(1) V. *las relaciones de Delfino, de 3, 11 y 17 de julio de 1557. *Archivo secreto de Estado de Viena*.

(2) Cf. Plon, Cellini, 394 s.

(3) V. la *relación española en el *Archivo público de Nápoles*, C. Farnes.; la *relación de Delfino, de 24 de julio de 1557 (*Archivo secreto de Estado de Viena*) y el *Avviso di Roma de 24 de julio de 1557 (*Biblioteca Vaticana*); Brown, VI, 2, n. 969, 972, 976, 978; Massarelli, 312; Andrea, 273; Nores, 201; Cabrera, III, 139. La afirmación contenida en Cabrera y aceptada por Ranke, de que en la batalla se perdieron todas las banderas suizas fuera de dos, es falsa; salváronse cinco banderas, y una fué hecha pedazos por Fähnrich, para que no cayera en manos del enemigo (v. Lütolf, Guardia suiza, 58, y Feller, El caballero Melchor Lussy, I, Stans, 1906, 1; cf. también Wymann, Documentos concernientes a la guerra de los romanos de 1557: El amigo de la historia de Suiza, LXIV [1909], 277 ss.). Es una exageración que el cuerpo auxiliar suizo constase de 4000 hombres, como afirma Brosch (Comunicaciones del Instituto Austriaco, XXV, 485). Navagero-Albèri dice (pág. 401) expresamente: quattro milla Svizzeri in voce et forse in pagamento, ma non più di due milla in essere. También *Cola Coleine (*Bibl. Chigi*) indica 2000; Bernardino Pía dice en una *relación al card. Gonzaga, fechada en Roma el 30 de julio de 1557, que la rotta de los pontificios de 27 de julio ocurrió più tosto per imperitia et dell'i capitani et de soldati che d' altro (*Archivo Gonzaga de Mantua*). P. Segmüller prepara en Einsiedeln un trabajo especial sobre la batalla que se dió junto a Paliano.

(4) V. Ancel, Sienne, 85; Nonciat., I, cvii.